

¡Autor, autor!

Luis Miguel González Cruz

Estamos a punto de darle la puntilla a siglo y milenio de un sólo golpe pero aún, anacrónicamente, los autores de teatro (los nuevos autores incluidos, así como algún que otro novísimo autor cinematográfico) nos agarramos de una manera narcisista a conceptos tan trasnochados como nunca eficaces. El estilo y la poética literaria constituyen para muchos autores un motivo de orgullo y una tabla de salvación en este Titanic que se hunde y que no es otro que la nave teatral con todos sus tripulantes, viajeros y polizones a bordo. La literatura y la filología, en su identificación con la autoría, siguen siendo los mayores enemigos del teatro y los que van a conseguir hundirlo de una vez por todas.

El hombre ha subido a la Luna, se lo ha pensado mejor y ha vuelto a bajar, hemos enviado ingenios al espacio tripulados por control remoto y vía satélite, pero nosotros, los autores dramáticos, aún seguimos encastillándonos en la torre de la *qualité* filológica que no hace otra cosa que asfixiar a los espectadores (cada vez menos numerosos) que acuden a las salas (cada vez más pequeñas) donde se representan textos (cada vez más cortos) de autores contemporáneos patrios (cada vez menos jóvenes). Vivimos, parafraseando a la revista del órgano asociativo y colegial español de escritores, en una semiótica y democrática república de las letras. De las letras elegantes; aunque yo diría, más bien, que nos ahogamos en una inmensa sopa de letras.

En eso, en una viscosa y amarillenta sopa de letras hemos convertido los autores, con las únicas armas del estilo y la poética, al teatro. En el mundo del cine existe una palabra que sirve como insulto y adjetivo de lo que son textos aburridos, engolados y vacuos. Esa palabra es tan brutal como precisa. El insulto es tremebundo y la palabra es: *teatral*. Cuando un texto cinematográfico es pesado como el plomo, los personajes carecen de fuerza y deseo, cuando el oxígeno se hace denso e irrespirable en la platea por culpa de la armónica orquestación de ronquidos y toses, entonces se dice que la película es muy *teatral*. Y, si se dice, se dirá por algo. Cuando el río suena, agua lleva; aunque, por extraño que parezca, nunca se ha

utilizado ese término para referirse a textos de Shakespeare, Calderón, O'Neill, O'Casey, Pasolini o Fassbinder llevados a la pantalla.

¿Por qué es *teatral* casi todo el teatro joven o contemporáneo que actualmente se hace en España? Porque es literario. Sería interesante que pudiéramos nosotros, los trabajadores de la escena, acuñar una palabra insulto similar a la de los cinematógrafos. Si eso ocurriera, yo apuntaría esta: *literario*. Literario se llamaría a todo aquel diálogo que no parece salir de las bocas de los personajes, que se nota que está escrito y aprendido, que en vez de palabras diga letras hiladas, diga estilo, diga rima, diga biensonancia, diga ecología, diga poética de autor y, en el fondo, no diga nada. El estilo de nuestros textos es poético-semiótico, musical, si el sonido de fonemas dispersos compusiera escalas, pero vacío de sentido, de verdaderas palabras... de palabras con peso. De palabras verdaderas.

No trato, por el momento, de propugnar una poética determinada ni de dirigir la escritura de nadie. No digo, por el momento, qué es lo que hay que escribir. Sólo doy fe de mi profundo aburrimiento y apunto que, o escribimos otras cosas y las ponemos bien en escena o nos vamos al carajo, lo cual, por otro lado, no sé si es bueno o malo. Nuestros textos no interesan a nadie, ni siquiera a los desanimados. O abandonamos la buena prosa, el estilo aural y la pulcritud de nuestras poéticas o nos hundimos. O abandonamos un concepto tan antiguo, burgués y apolillado como es el del autor o el teatro desaparecerá para siempre.

¡Fuera estilos, fuera poéticas, fuera las letras! ¡Muera el autor! ¡Viva el teatro! ¡Muera el escritor! ¡Viva la palabra!

Más de tres mil años de práctica no nos han enseñado aún a descubrir la esencia del arte. La creación siempre es colectiva, y no me refiero tan sólo a que el arte escénico precisa de gran número de personas para poner en pie espectáculos, sino que cuando hablo de creación colectiva me refiero también a la escritura. Aunque nadie se quiera dar cuenta, todos sabemos que Homero no fue una persona, sino varias. El autor no compone fábulas, no crea literatura ni ilumina personajes nuevos. El autor, simplemente, recuerda historias; historias que son anteriores a él y, por eso mismo, son importantes. Si el autor cuenta lo que le ocurre o lo que se le ocurre, aunque consiga construir una composición estilística genial, el resultado siempre será chato, de cortas miras y de interés individual. El autor es un transportador de palabras que

pesan, por eso se requiere fuerza; el autor es un testigo de las palabras y no su creador. En fin, el autor es un simple mecanógrafo que lleva al papel palabras que vienen de otra parte. Y eso no es poco. Recordemos lo que se decía de los escritores, los autores de los libros que componen la Biblia. La doctrina cristiana decía, y dice, que esos narradores no eran, ni por asomo, los que habían escrito aquellos textos. El autor era Dios, el que inspiraba y los autores eran simples amanuenses. Excelente teoría del texto. Bonita palabra: amanuense. Como decía Pasolini, frente al teatro de la charla y al teatro del grito, el único teatro que debe hacerse es el teatro de la palabra. Pero esa palabra, esa palabra verdadera, no nace de otra autoría que la colectiva del pueblo o Dios que, para el caso, es lo mismo. Para que la palabra sea verdadera, tenga su peso, ha de ser transportada durante mucho tiempo por muchas generaciones. El autor sólo hace una cosa: mecanografiarlas.

De autores, de amanuenses, como esos últimamente no queda rastro. Sólo conocemos autores que componen sus palabras, asisten a congresos de dramaturgia y marcan sus textos con su firma como si fuera la marca del propietario en la carne del ganado. Los autores, últimamente tenemos mucho estilo, mucha *qualité* y muy poco interés. Pero reflexionemos aún más: ¿qué es el teatro? Un arte escénico, un arte que vive en la escena a través de actores que dicen y hacen cosas. ¿Quién es el máximo responsable de un espectáculo teatral? ¿Quién es el responsable de que un espectáculo sea bueno y otro, con el mismo texto, sea malo? ¿Quién es el autor teatral, entonces? Está bien claro, el verdadero autor teatral ha sido siempre y será el director. Los escritores sólo son guionistas. Y esto lo tenemos que comprender tanto los autores como los directores, los cuales viven en una cómoda posición descargados de toda responsabilidad. Sobre todo los directores jóvenes. La puesta en escena debe ser fiel al texto, pero ese texto debe ser trabajado, debe causar ilusión en el director y los actores porque el mero hecho de elegir un texto es ya un acto moral. Si se elige un texto se elige porque gusta, porque se confía en él y hay que ser responsable de esa elección, hay que buscar hasta el fondo y trabajar hasta el final. Lo importante no es estrenar a autores vivos, lo importante es que el teatro sirva para algo. ¿Dónde se esconden los directores de ese tipo entre las viejas y las nuevas generaciones? No seamos apocalípticos: alguno hay.

Sigamos sin ser apocalípticos. Yo aún recuerdo la última vez que me emocioné en una sala teatral, aún

recuerdo haber estado presente en el patio de butacas de un teatro donde se desarrollaron acciones y se dijeron palabras que me sobrecogieran, pero, claro, es que yo tengo muy buena memoria. Y si aún lo recuerdo, si yo fui testigo, si aún tengo palabras para atestiguarlo, es que aún es posible. Lo veremos el próximo milenio.